

# LA VOZ DE LA CARIDAD

N.º 305.—15 de Noviembre de 1882.

*Dios es caridad, (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

---

## EN NOMBRE DE LOS POBRES.

---

D. J. M. P.—Damos á V. mil gracias en nombre de los socorridos por su limosna de 10 reales, que ha llegado con mucha oportunidad á remediar una necesidad.

Doña P. R.—Los 20 reales que del primer producto de sus tareas de usted ha dedicado á nuestros pobres, han sido para ellos un apreciable socorro, y esperamos que esta buena obra haga que prospere siempre, la que tan buen empleo dá á las primicias de su trabajo.

\*\*\*—Recibida y muy agradecida, como siempre, su limosna mensual de 40 reales.

D. P. A.—Recibidos y muy agradecidos, como siempre, los 20 reales por su decena, correspondientes á Noviembre.

D. E. S., *Madrid*.—Adelanta V. el pago de suscripciones de Málaga y del extranjero, encargándose de la tarea de cobrarlas luego, y añadiendo 30 reales al importe para que la suma sea de centena completa. ¡Hé aquí un modelo de caritativo cooperador y corresponsal! ¡Dios se lo pague! decimos nosotros como eco y encargo de una pobre familia del barrio de Lavapiés, socorrida con esos 30 reales.

---

## CONSOLARSE CONSOLANDO.

---

Hace algunos años vivía en Madrid un caballero, que era muy conocido de la generalidad de las gentes y que habia ocupado destinos elevados y figurado en la vida parlamentaria de un modo notable. Designémosle con el nombre de D. Guillermo.

Su edad era ya algo avanzada; su reputacion envidiable; su posicion desahogada: tipo de respetabilidad justamente adqui-

rida, tenía muchos amigos que le apreciaban, y para quienes él á su vez era tambien amigo benévolo y afectuoso.

Este hombre, que parecia destinado á pasar tranquila y felizmente el último tercio de su vida, era, sin embargo, muy desventurado. Pesares terribles de familia, desgracias abrumadoras y una enfermedad dolorosa é incurable (de la cual murió al fin), habian ido agriando su carácter y amargando su existencia. Si hubiera sido persona de malos sentimientos, se hubiese vuelto misántropo, maldiciente y feroz; pero como su corazon era esencialmente bueno, cayó en un abatimiento triste y extremado. Ni su juicio despejado, ni su razon, que era recta, bastaban á distraerle y á consolarle. La fé religiosa hubiera podido hacer en él una hermosa trasformacion; pero aunque la tenía, no era tan viva y ejercitada cual para ello hubiera sido preciso.

En aquella alma apenada se iba introduciendo un pesimismo fatal: su dolor no era ruidoso ni se exhibia á la compasion del público, pues era reconcentrado y profundo. Quizás, prolongándose este estado y abandonándose sin consuelo á ese lento suicidio moral, hubiera concluido su vida en el colmo de la desesperacion, si es que no llegaba á tocar los límites de la locura; que tambien las penas del alma, cuando son permanentes y no tienen desahogo, pueden producir la terrible explosion de la demencia.

En tal estado, nuestro amigo (teníamos, en efecto, el honor de que lo fuese muy querido) encontróse un dia con cierta persona de muy elevados sentimientos, que le conocia y le apreciaba, compadeciéndole sinceramente. Esa persona, al verle tan abatido, y conociendo que para él eran inútiles los consuelos vulgares, le manifestó la posibilidad de encontrar uno extraordinario y de nuevo género, que no fuese infructuoso y que pudiera ser hasta agradable. D. Guillermo, aunque profesando alto y merecido respeto á la persona que le hablaba, se sonrió amargamente, como demostrando su completa desconfianza en ningun específico consolador, ni vulgar ni extraordinario; pero fijó la atencion cuando su interlocutor le añadió con acento solemne:

—«Sea V. caritativo, amigo mio. Ese es mi sencillo especí-

»fíco. Busque V. en la contemplacion material de las miserias  
 »ajenas el consuelo de las propias penas; cambie V. su vida  
 »de tristísima ociosidad con un sistema de actividad laboriosa  
 »y fecunda para el bien de sus semejantes. Si esto es vulgar,  
 »si el frio escepticismo de V. lo recibe con desdeñosa incre-  
 »duldad, haga V. la experiencia tan sólo durante un mes; im-  
 »póngase V. como obligacion, ya que V. ha sido siempre tan  
 »fiel cumplidor de sus deberes, el ocupar esos treinta dias ha-  
 »ciendo en cada uno de ellos alguna obra de caridad ó de be-  
 »névola proteccion y amparo hácia tantos desgraciados que  
 »tienen hambre de socorro y sed de compasion. Si yo me  
 »equivoco, no habrá sido para V. más que una prueba tem-  
 »poral sin perjuicios ni grandes molestias; de todos modos,  
 »siempre habrá servido para proporcionar á V. alguna distrac-  
 »cion; y en el estado moral de V. el distraerse ya es un con-  
 »suelo, aunque pasajero, porque suspende momentáneamente  
 »la accion punzante del recuerdo y del dolor.»

Era mi amigo hombre de claro entendimiento y de bueno, aunque dormido corazon. Le sorprendió el consejo, y como salia de lábios tan autorizados, ni aun como simple deferencia podia desaprobalo. Ofreció, pues, seguirlo, y á ello se dedicó desde el dia siguiente, aunque con mejor voluntad que esperanza.

Ocupada hasta entonces la vida de D. Guillermo, primero en la politica y atenciones públicas, y luego en el ensimismamiento tétrico de sus desventuras, no se habia fijado mucho en las miserias de diversas clases, que rodean nuestro bienestar, ni en tantas criaturas humanas que arrastran una existencia penosa de privaciones y amarguras y que pasan inadvertidas ante nuestros ojos egoistas.

Buscar séres de esta clase no fué difícil ni molesto para D. Guillermo: era el primer paso de su prueba: hallar esos séres le fué facilísimo. Los hay en todas partes, á nuestro lado, en las boardillas de nuestras propias casas y en los barrios pobres, que atravesamos con completa indiferencia hácia sus habitantes.

D. Guillermo encontró primero una honrada familia de jornaleros, sumida en la miseria y en el desamparo. El ma-

ruido estaba enfermo de mal incurable y no podía ganar jornal: su madre estaba ciega; su mujer no era robusta para el trabajo, y tres niños pregonaban hambre y pedían pan, que no podía dárselos: todo este cuadro se presentaba en un lóbrego cuartucho bajo de uno de los barrios extremos del Sur de Madrid. Nuestro amigo se enteró con cuidado de los antecedentes y de la situación angustiosa de aquella pobre familia: despertóse en su alma un sentimiento de compasión; prodigó consuelos, simpatías, socorros y esperanzas, y al salir de la casa se sorprendió de sentir en sus párpados una lágrima de santa ternura y en su alma una emoción de algo que parecía ser como un goce; cosa nueva para su corazón, cerrado ya tanto tiempo á toda clase de goces.

Volvió otra y otras y muchas veces á la casa de sus protegidos. Era tan complicada su miseria, que los pobres dieron, sin quererlo ni pretenderlo, muchas ocasiones para que se desarrollase la actividad de D. Guillermo. Consideró preciso, ante todo, proporcionarles cuarto mejor y más sano, médico que les faltaba, camas que no tenían, ropa que exigía su desnudez, fuego y abrigo contra la crudeza del invierno, compasión para el mayor de los niños y enseñanza para los tres. Todo esto, además del dinero, requería diligencias, correrías, hablar, gestionar y descender á minuciosos detalles: nuestro hombre lo hizo todo, impulsado por una actividad inusitada para él y de la que él mismo se asombraba. Por la noche, en vez de los insomnios terribles que antes le mortificaban, durmió profundamente. ¿Era esto cansancio material ó un principio de cambio favorable en las tendencias de su espíritu? No se daba cuenta de ello ni lo investigaba.

Al despertar por la mañana, en ese momento crítico de la resurrección á la vida activa del alma y del cuerpo, que es cuando más suelen afligirnos las penas, porque se presenta riguroso el cuadro de los dolores, amortecido durante las horas reparadoras del sueño, D. Guillermo lanzó involuntariamente su pensamiento y su recuerdo á la familia protegida, antes que á sus propios pesares.

A las aventuras caritativas de estos primeros días, sucedieron otras de igual ó distinto género. Quien de buena fé

las busque, esté seguro de encontrarlas. Iba nuestro amigo por la calle y le pidió limosna una pareja de niños desarraigados y llorosos. En otro tiempo hubiera pasado de largo sin contestarles, y aún acaso hubiese pensado que serían granujas explotadores de la caridad con fingidos lamentos, porque eso es lo que el egoísmo suele pensar. Pero en aquel día no sucedió así. Se detuvo, interrogó á los muchachos y oyó de sus lábios una interesante historia. Venían mendigando desde un pueblo de la Mancha: eran hijos de un ajusticiado, y la desgracia de su padre criminal había arrojado sobre ellos una nota de infamia: bajo este criterio brutal, se vieron rechazados por las gentes de su pueblo, y careciendo de madre y de parientes, resolvieron venir á Madrid.—*Allí no nos conocerán*,—decían; cual si tuviesen la culpa de tan injusta repulsión. Comían lo que de limosna les daban y dormían en los bancos que rodean al Jardín Botánico. D. Guillermo, conmovido, abrazó con una mirada todo aquel cuadro de desamparo; su corazón se enterneció; abrió su bolsillo para socorrer á los pobres niños, y sus lábios para consolarles. Llamó un coche de alquiler que pasaba, metió en él los huérfanos y los llevó á su propia casa, mientras arreglaba, como en efecto arregló después, su ingreso en un asilo benéfico, donde aquellas infelices criaturas recibieron sustento, educación y enseñanza industrial.

La familia favorecida del barrio del Sur fué vocinglera con todos para hacer ostentación de gratitud á su bienhechor: lo ocurrido en el barrio se supo al instante; hubo otros vecinos pobres que acudieron á D. Guillermo en demanda de socorro cuando iba por allí. A los pocos días una casa entera *de vecindad*, es decir, una especie de colmena de treinta ó cuarenta familias pobres, amontonadas en estrechos cuartuchos, rodeaban á nuestro amigo, le llamaban su padre, y decían bien, porque oficios de buen padre hacía con aquellos desheredados de la fortuna. Semejante protectorado aumentaba la necesidad de dinero, de celo y de trabajo. El dinero no faltaba á D. Guillermo; el trabajo no le espantaba: se dedicó á desempeñarlo cual si de su eficacia dependiese, no el bienestar de cien infelices, sino su propia subsistencia.

Y no se limitaba á este ramo de caridad. Entrando ya en el camino de hacer bien, probado el placer de considerarse útil y grato instrumento de la Providencia divina para consolar y favorecer á los desgraciados, en la medida de su posibilidad y de sus fuerzas, D. Guillermo recorrió cuanto pudo ese camino y gozó de ese placer con gran provecho suyo y de los pobres.

¡Hay tantos elementos y tantas ocasiones para desarrollar ese protectorado!..... Nuestro amigo las fué aprovechando todas, cual afanoso gloton que quiere gustar toda clase de manjares. Ya era un amigo honrado, inocente, pero perseguido y preso; ya una jóven obrera que por miseria ó por inexperiencia iba á sucumbir á una seduccion del vicio; ya jornaleros sin trabajo; ya enfermos sin médico y sin recursos; niños sin padres; padres desnaturalizados para con sus tiernos hijos; jóvenes extraviados, ancianos abandonados, ciegos sin apoyo, banqueros de mala suerte y jugadores arruinados que pensaban en el suicidio; matrimonios que convertian el dulce hogar de familia en campo de batalla de sus disensiones; novicios en el delito que empezaban su mala carrera; veteranos de ella que querian y no podian dejarla; licenciados de presidio que tambien querian rehabilitarse honradamente..... Todo esto encontraba nuestro D. Guillermo; todo le interesaba, á todo atendia, y en todas partes veia lágrimas que enjugar, penas que compadecer, y situaciones de profunda amargura, tan grande, aunque de distinto género, como la que él venia sufriendo ya algunos años.

Estos espectáculos y estas tareas para el bien de los demás refluían en el suyo propio, no solo porque distraían su dolor y calmaban la amargura de que su corazón parecia saturado por completo, sino porque le causaron otro efecto más trascendental y beneficioso. Él, que era creyente frio, se hizo fervoroso. Al despertarse las fibras de la ternura que yacían dormidas en el fondo de su corazón, revivieron tambien enérgicas las ideas religiosas, que, á pesar de su claro talento, habia tenido algo abandonadas. A fuerza de amar á sus semejantes y hacerles todo el bien posible, su alma se elevó al divino legislador de estos santos preceptos. Pensando mucho

en los pobres, pensó mucho también en Dios, y de Dios le vino el consuelo que proporciona siempre la religión.

Algunos meses de este nuevo género de vida trasformaron por completo á mi amigo. Cierto es que las heridas de su corazón no se habían cicatrizado ni se había curado la enfermedad de su cuerpo, pero en vez de ser ya aquel misántropo abatido, sañudo y desesperado, se convirtió en un hombre resignado, triste, pero de dulce tristeza, que no le impedía ocuparse del bien de los demás.

Cuando alguno le preguntaba dónde había hallado el manantial del consuelo, contestaba sencillamente: *Lo he encontrado consolando á los demás.*

ANTONIO GUEROLA.

---

## PATRONATO PARA LAS MUJERES PRESAS

EN LA CÁRCEL DE BARCELONA.

---

Hace tiempo, contestando á una dama extranjera que con celo incansable y gran éxito ejerce un apostolado moral en toda Europa, le decíamos que aquí se trabajaba algo, por algunos bastante, pero que nuestra obra se parecía á la de esos obreros que á grandes profundidades bajo el agua echan los cimientos de una construcción que no será visible sino cuando ellos no puedan verla ya, y pedíamos á todos los compatriotas de la *gran patria* un recuerdo y una lágrima para estos pobres operarios que mueren en la ruda tarea, bajo tantas atmósferas de indiferencia y desconocimiento de una labor que nadie percibe. Después, hemos notado, si no en las obras á que principalmente nos dedicamos, en alguna otra, indicios de estar bastante adelantadas para que empezasen á ser visibles, y nos congratulamos como de cosa propia, porque todas las grandes beneficiosas empresas sociales no son más que partes diferentes á veces en la forma, idénticas en el fondo, de una sola que las comprende y armoniza en esencial unidad.

Congratulábamonos de ver á flor de agua algo de lo edi-

ficado por otros obreros, cuando hé aquí que por el lado nuestro se notan algunos puntos salientes que no ceden al embate de las aguas, que persisten á pesar de las causas destructoras que los rodean, y que apenas perceptibles, son, no obstante, seguro indicio de que la construcción avanza: de estas señales de vida moral, ninguna más consoladora, ninguna tanto como la formación y progreso de la Asociación benéfica con cuyo título encabezamos estas líneas; de ella dá idea, mucho mejor que números y detalles materiales, la relación que nos hace una de las piadosas asociadas, y cuya sencillez elocuente concuerda bien con la humildad de las protectoras y el inestimable beneficio que reciben las patrocinadas. Dice así:

«Con mucha satisfacción puedo participar á V. que nuestro *Patronato para mujeres presas* sigue bien, y con resultados satisfactorios. Las reclusas nos manifiestan un gran cariño, y casi podríamos decir que nuestra visita á la cárcel, más bien que un acto de caridad, es un una obra de recreo. Ellas y nosotras nos echamos de ménos, si por casualidad pasa algun día sin la acostumbrada visita.

Hacè una temporada que tanto el Jefe como la encargada de las mujeres, son personas de muy buenas formas; y esto, unido á que la Junta de Cárceles nos dispensa toda su protección, hace que nuestra posición en aquel sitio haya variado de un modo notable, y que podamos trabajar con más seguridad que en los dos años anteriores. Empleados, porteros y presos nos guardan muchas atenciones, y por nuestra parte, hemos procurado ganar su cariño, haciendo el bien posible á cuantas personas de aquella casa se nos han acercado pidiendo favor.

Tenemos hablado á las Hermanas de la Caridad, para establecer la Casa-Asilo, en donde puedan recogerse, siquiera para dormir, las que salen de la cárcel y se ven solas y abandonadas. Esto será el complemento de nuestra obra, que hasta ahora, gracias al Señor, vá produciendo resultados que no son para contados en una carta.

Anime V. á las señoras de otras localidades para que emprendan también este trabajo, en la seguridad de que, una

vez empezado, no les pesará, antes al contrario, sentirán un vivo afecto por unas criaturas tan desgraciadas, perdidas muchas veces por falta de un consejo, de un apoyo, de una persona que les enseñe el camino de la honradez y de la virtud.»

No es la primera vez que proponemos por modelo el *Patronato para mujeres presas de Barcelona*; desgraciadamente no ha servido de ejemplo que siguiesen las señoras de tantos pueblos como en España tienen cárcel con mujeres presas, tal vez indebidamente, de seguro más tiempo que el debido, y en todo caso necesitadas de consuelo, de apoyo, de guía. Nadie ha respondido al llamamiento; pero seguiremos llamando hasta que alguna responda, ó hasta que no podamos llamar. Entonces otra voz sustituirá á la nuestra, ó lo que será mejor, la de la conciencia hablará á las mujeres sanas y fuertes de espíritu, haciéndoles comprender que la salud y la fuerza se han recibido para amparar á los enfermos y á los débiles.

En otros países se forman numerosas asociaciones para proteger á las encarceladas; y á las que suponen que en España no pueden aclimatarse estas cosas, les responden las señoras de Barcelona. Pueda su ejemplo ser provechoso y no convertirse en un severo cargo, y á las bendiciones de las presas unan las de

CONCEPCION ARENAL.

---

## ASILO DE HUÉRFANOS

DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

---

Siquiera seamos poco aficionados á copiar, no hemos podido resistirnos á la provocadora tentacion de archivar en las modestas páginas de LA VOZ DE LA CARIDAD el siguiente precioso artículo de que nuestro apreciable colega *La Ilustracion Española y Americana* acompaña al grabado que representa el actual estado de las obras de este Asilo:

## ¡UNA LIMOSNA POR AMOR DE DIOS!

«El monton informe de ladrillos y vigas que aparece dibujado en el presente número, es, si se mira con benevolencia, uno de los más bellos cróquis que pudiera publicar en estos momentos *La Ilustracion Española y Americana*. Representa el estado de las obras para un Asilo de Huérfanos, donde 300 niños, abandonados por la fortuna y por la sociedad, van á encontrar albergue, educacion, oficio, prácticas de virtud y de trabajo, para convertirse de 300 parias en 300 hombres.

No es, sin embargo, un proyecto ó una esperanza lo que en él se contiene; es el desarrollo y forma definitiva de una institucion que vive en Madrid hace 20 años, y que cualquiera puede contemplar por sí mismo con sólo apeteerlo. Bajando por la calle de Atocha, á mano derecha, en el núm. 68, hay una casa de apariencia vulgar, donde, sin sospecharlo el transeunte, se verifica la maravillosa trasformacion á que aludimos.

Sonando una campana que se ve al fondo del portal, sale á abrir un muchacho de rostro placentero y corteses modales, limpio y decentemente vestido, el cual nos conduce por tortuosas escaleras y largos pasadizos á humildes pero extensas habitaciones, en que se hallan en constante actividad sus setenta compañeros. Media docena de Hermanos de las Escuelas Cristianas, á quienes no sólo avalora su virtud, sino su ilustracion, dirigen y sostienen la marcha del Asilo en todos sus pormenores: lo mismo guisan que enseñan idiomas; lo mismo atienden á la salud del cuerpo que á la salud del alma de los asilados; son profesores y sirvientes, clérigos y jefes de taller. Allí reunen los huérfanos de la desdicha y los del trabajo, con absoluta imparcialidad de eleccion: el hijo del albañil que cayó de la obra; el del mecánico que pereció en la fábrica; el del factor que murió en la faena del camino de hierro, dando la preferencia al que no tiene padre ni madre; despues al que sólo tiene madre desvalida; luego al que procede de padre inútil, y, finalmente, al que no cuenta ni abolengo ni historia, pues el hijo de la casualidad ó del crimen tambien es huérfano.

La casa de la calle de Atocha no parece hospicio, ni hospital, ni menos prevencion ó cárcel de menores. Reina en sus estancias la alegría; en sus clases la atención voluntaria; en sus talleres la espontaneidad del trabajo libre.

Los pequeñuelos aprenden las primeras letras; los medianos amplían su instrucción hasta los rudimentos de la segunda enseñanza; los mayores ó adultos comparten sus horas entre las asignaturas de adorno y el ejercicio del taller, en donde trabajan para zapateros, sastres ó impresores; y todos juntos rezan, cantan, juegan y se divierten bajo la vigilancia constante de los Hermanos, como en cualquier colegio retribuido.

Asombra presenciar los exámenes que se celebran cuando algun curioso ó bienhechor visita el establecimiento. Niños que apenas hablan claro dominan la aritmética hasta jugar con los números; explican la doctrina sagrada; conocen el mapa de su país; refieren los períodos generales de su historia; pintan las letras formando palabras á la voz, y saben agradecer al que los aplaude ó encomiar la gratitud que deben al colegio con cánticos tan sencillos como armoniosos.

Los más adelantados muestran su pericia en el sistema métrico-decimal; traducen del francés al español, y del español al francés, oraciones ó sentencias que se les dictan; dibujan al contorno y resuelven problemas algebraicos; recorren la historia religiosa y profana, á la vez que practican operaciones de cálculo ó contabilidad; en suma, tambien cantan, tambien se divierten y juegan, dando expansion á sus pocos años.

Los que ejercen ya oficio, no abandonan por esto su educación ni el recordar lo que sabian: dedicanse, como vá expresado, á zapateros, sastres ó impresores, segun su aptitud, y el jornal que devengan constituye un fondo que se les dá íntegro al salir. Ya han redimido algunos con él su suerte de soldados; ya se han establecido otros con ayuda de este modesto capital; muchos no han querido abandonar la casa, y son maestros ú oficiales mayores de sus talleres. Todos están contentos y bendicen la mano que les guía.

El transeunte indiferente de la calle de Atocha, repe-

timos, no presume, al pasar por aquel caseron, que dentro se elabora la dicha y la fortuna de tantos infelices á quienes la suerte ó el abandono de sus padres habia condenado á perpétua desgracia. Educándose unos, ejerciendo un oficio otros, y disfrutando todos una atmósfera de moralidad, de actividad, de cultas formas y de buenas costumbres, se redimen allí por el trabajo, y salen útiles para la vida los que sin el cariñoso fuego del Asilo andarian súcios y harapientos, extenuados y enfermizos, con la vagancia por arte y el crimen por recurso, engrosando el ya pavoroso ejército de los pilletes, de los rateros y de los granujas.

## II.

Acabamos de escribir una palabra cuyo sonido tiene en sí algo de repugnante, pero cuya significacion es aún más repulsiva todavía. ¡Granuja!

Se ha hecho del granuja un sér entre cómico y romanesco, que en vez de inspirar lástima, como merece, forma un tipo que, al parecer, ornamenta la sociedad. Grandes poetas lo han cantado; novelistas insignes se han servido de él para introducir donaire en sus narraciones; la fama de su ingénio, de su malicia y de su desvergüenza le han granjeado prestigio, fisonomía y carácter; si no es una fortuna que exista, por lo menos es un entretenimiento. Supónesele alegría interior, que nunca le abandona; rasgos picantes, ingeniosas ideas y gracia que se le derrama á chorros. Hásele pintado, en fin, con tales condiciones, que casi daría pena de que desapareciese el granuja. ¡Es eso, sin embargo?

Hijo de no se sabe quién, nacido no se sabe dónde, y habitante no se sabe en qué punto, el granuja es el hongo humano. Inferior á las bestias todavía, no ha conocido madre, ni madriguera, ni manada. Soltáronle en el arroyo cuando aún no podía valerse, y envenenaron el camino para que no volviera. Al salir el sol despierta esa criatura, sin saber á dónde ha de dirigir sus ojos, sus pasos ni su hambre.

La sociedad le repele por su desnudez, la policía le persigue por su vagancia, y solo la basura le ofrece un troncho. Ignorante del bien, porque la corteza del mundo no le mues-

tra más que el mal, acude á la travesura de su juventud y á la lucidez de su ingénio infantil para proporcionarse lo que por todos lados se le esconde. ¿Ha de ir á la escuela? Allí no dan de comer. ¿Ha de ir al trabajo? Allí no dan de jugar. ¿Ha de pedir limosna? Allí no han de ofrecerle más que repulsas. En cambio, el crimen, en forma de hombre ó de mujer, necesita un espía para sus asechanzas, un cuerpo ligero para sus asaltos, un rostro inocente para sus ficciones, una mano sutil para sus robos, una naturaleza confiada para servir de instrumento, sin exigencias. ¿Qué sabe él de moral? ¿Se la han enseñado por ventura? Quizá sea la moral proporcionarse de comer cuando se tiene hambre, y buscarse dónde dormir cuando se tiene sueño. ¿No es esta la moral de los pájaros?

Además, vedle en el ejercicio de una de sus diarias aventuras. Acosado por el hambre, discurre cualquier mañana apoderarse de un panecillo caliente, de esos cuyo aroma perturba los sentidos del menesteroso, para lo cual combina su estrategia, como general para embestir un reducto. Cerca la tienda con las precauciones que exige un reconocimiento; salta y brinca delante del mostrador, cual soldado que vivaquea sin orden de atacar; escúrresele la pelota del tranco adentro, y pide humildemente permiso para recojerla; hasta que, habiendo inspirado confianza, dá el asalto al apetecido bollo, que esconde entre la carne de su pecho y el arambel que le sirve de camisa.

Pero el tendero lo ha visto; corre tras él gritando: «¡A ese, á ese!» detiéndenlo, y le arrebatá su presa (á él que no ha comido); llénale de golpes y dicterios con sañuda cólera (á él, que ya no tiene qué comer); junta gentes que lo confundan é intimiden con sus amenazas (á él, que ya no comerá); hasta que llega un policía, le dá de puntapiés, lo ata con una cuerda y lo arroja al suelo de la prevencion, donde el rapaz famélico pierde la esperanza de comer nunca. No otra cosa es lo que practica cualquier niño educado, cuando asalta, tras de un dulce, el armario de su comedor, y recibe vítores por su gracia ó se vé cubierto de caricias por su agudeza.

Seguid al granuja en su vagar constante, y doleos de la forzada inaccion á que está condenado: ¿Quién lo recibe?

¿Quién lo protege? ¿Quién hace nada en favor suyo? Su actividad se limita á promover los escándalos y á formar la parte perdularia de los bullicios. Él rodea á la música en los regimientos; es la única ópera á que asiste: él vá en tumulto delante de las procesiones; es el único lugar que se le concede en las ceremonias: él se encarama sobre los árboles ó sobre las verjas en las festividades públicas; es el único balcón á que se asoma en su vida para presenciar el gozo de la multitud: él preludia las rebeliones y los motines; es el único momento en que ejerce funciones de ciudadano. A la iglesia no le ligan más que las gotas de cera hirviendo que apara en los entierros; á la milicia no le unen más que las sobras del rancho que le abandonan en la puerta del cuartel; á la justicia no le enlazan más que los cordeles del polizonte ó los puños cerrados y siempre amenazantes del alguacil.

Él, en suma, lo ignora todo, y nosotros queremos que lo adivine todo. Cree que tomar un panecillo cuando se tiene necesidad es comprarlo cuando se tiene dinero, y nosotros pedimos para su ratería la cárcel; cree que en el mundo se habla como las gentes groseras entre quienes vive, y nosotros queremos que hable con decoro; cree que la avilantez y el desacato son los usos corrientes de la vida, y nosotros exigimos que se produzca con humildad y vergüenza; cree, en fin, que el mundo es granuja, y nosotros nos empeñamos en que el solo granuja sea él.

Cuando enferma, lo mandamos á los desvanes del Hospital; cuando delinque, lo ponemos en la horrible compañía de los criminales; cuando intenta ejercer una industria, le pedimos contribucion y ropa; cuando se duerme en el invierno contra el quicio de una puerta, lo despertamos á golpes y le exigimos que ande. Si pasa rozando nuestro cuerpo, se nos figura que nos va á manchar; si nos alarga la mano, tememos que nos robe; si nos habla, le respondemos con altanería; si se muere de hambre, ignoramos quién ó cómo lo entierran, ni si hay Campo-Santo para él.

¡Oh! Tan espantosa soledad, que tiene por escuela las malas mañas primero, los vicios despues, los delitos más tarde, y que conduce á las clínicas de los hospitales en forma

de casos raros, ó á las cuadras de los presidios en forma de delincuentes atroces, cuando no á la capilla y á la horca por crímenes que aterran al mundo, es lo que quieren precaver unas cuantas humildes mujeres al construir el Asilo del Sagrado Corazon de Jesús.

(Se concluirá.)

---

## VARIEDADES.

---

Curiosísima es una Memoria que sobre la mortalidad en el departamento del Sena ha publicado el Dr. Lagneau. De ella resulta que los grandes hospitales son fatales á la salud pública, pues el tanto por ciento que les corresponde de la mortalidad, de 1879-1880, comparada con las casas particulares, es desproporcionado.

Enfermedades.	Casas particulares.	Hospitales.
Fiebre tifoidea.....	12.37	19.09
Viruela.....	13.29	18.66
Roseola.....	5.72	23.51
Escarlatina.....	7.12	8.59
Coqueluche.....	5.82	14.12
Difteria.....	3.38	64.15

El amontonamiento de los enfermos en grandes salas ó la poca atencion que les presta en ellas el médico, y otras causas muchas veces enumeradas, hacen que el curar las enfermedades al *por mayor* produzca desastrosos resultados.

Además, bajo el punto de vista económico resulta, que con los 70 millones que se han gastado para fundar las 100 camas en los hospitales Lariboisiere y Hotel-Dieu de París, se hubieran podido fundar 16 hospitales de 500 camas y fundar 24 casas de Socorro, quedando todavía con remanente para establecer un sistema higiénico y confortable de transporte de enfermos, cosa hoy dia muy descuidada y que es esencial.

---

En consecuencia de una reunion, á que asistió un crecido número de sábios, celebrada en Bruselas el 6 del próximo pasado mes, despues de pronunciados varios discursos, fueron aprobados los Estatutos provisionales de una Sociedad de Cremacion. Dentro de poco tiempo tendrán los belgas la dulce satisfaccion de ser quemados, como en sus buenos tiempos hacía el Santo Oficio.

---

El Sr. Foville acaba de visitar en Escocia algunos de los nuevos manicomios llamados de *puertas abiertas*. La mayor parte de los frenópatas ingleses son partidarios de este sistema y ponen el mayor empeño en apartar de la vista del loco todo lo que pueda dar aspecto de cárcel á la mansion donde mora.

Los enfermos se ocupan en diversos trabajos industriales ó agrícolas. Mas lo que distingue principalmente los asilos de Escocia es la supresion de toda traba y la desaparicion de los patios cerrados. Llégase al cuarto de los enfermos con la propia facilidad con que pudiera llegarse á la de uno mismo. Y no se crea por esto que los locos son completamente dueños de ir donde mejor les place. Cada vigilante debe estudiar el carácter de los enfermos que le están confiados y redoblar los cuidados y la vigilancia, puesto que el único medio de tenerlos sujetos es la influencia que sobre ellos adquiere. Dícese que en ningun otro establecimiento de esta índole hay más orden ni más tranquilidad.

En opinion de muchos frenópatas ingleses, no pueden adoptar ellos ese sistema, porque los locos que tienen que tratar no son tan tranquilos y apáticos como lo son los escoceses.

---

Segun resulta de una Memoria presentada por Mr. Tarnier á la Academia de Medicina de París, la mortalidad que se experimentaba en la Casa de Maternidad de aquella capital era de 9,31 por 100 desde 1858 á 1869, y fué solo de 2,32 desde 1870 á 1881. Esta notable disminucion la atribuyó á tres causas:

1.<sup>a</sup> Impidiendo, por un decreto obtenido de la Asistencia pública, que el personal de las enfermerías de las puérperas sirva ni pase á las salas de las puérperas en buen estado.

2.<sup>a</sup> Construyendo un pabellon de cámaras separadas, en el cual de 1.223 partos no hubo más que seis muertes, ó sea una mortalidad menor de un medio por 100, y desde el 29 de Mayo de 1879 ha habido 608 partos sin registrar un solo caso de muerte.

Y 3.<sup>a</sup> Explotando los beneficios del método antiséptico.

«Tales son—dijo Tarnier—las medidas que han hecho disminuir la mortalidad en la Maternidad de París; de tal suerte, que si aquella hubiese seguido desde 1870 á 1882 lo mismo que era antes, habríamos perdido en estos últimos 12 años 1.047 mujeres más; 1.047 mujeres que deben la vida al progreso de la higiene.»

En la Sociedad Médica de los hospitales, Siredey y Hervieux dijeron haber ocurrido un hecho análogo en el hospital Loriboisière.

---